

A esto cooperaba el P. Miguel con su asidua asistencia al confesionario y tan incansable tarea en la predicacion por todas las Iglesias y establecimientos, y como ya dijimos, por las calles y plazas, ya en ejercicios, novenarios, triduos, quinaros, etc., que parecia haber constantemente mision en Puebla. Y más predicaba con su ejemplo que con la palabra: sus virtudes, sobre todo las de su estado y profesion; su reverencia en las iglesias, su santa conversacion, su caridad con los pobres, no solo solicitando limosnas para socorrerlos, sino repartiéndoles el escaso alimento que le daba su comunidad: su modestia, su humildad, su paciencia, y sobre todo su constancia en los actos de su vida apostólica le granjearon el título de Santo, y no era conocido con otro nombre en toda aquella populosa ciudad. Su muerte fué tan edificante como habia sido toda su larga vida: atacado repentinamente de un frio glacial el 19 de Enero de 1762, al volver de la capilla de visitar al Santísimo Sacramento, como lo acostumbraba hacer al levantarse de la cama, cayó en el suelo tan falto de fuerzas que fué necesario alzarlo y ponerlo en el lecho, donde solo permaneció tres dias, que le duró la reaccion febril, consecuencia de aquella perfrigeracion, y recibidos los Santos Sacramentos, descansó en el ósculo del Señor á los 77 años y cuatro meses de edad, 59 de Compañía y cerca de 43 de su profesion de cuarto voto; habiéndose notado el fenómeno particular de haberse conservado en su cadáver los dedos índice y pulgar de la mano derecha en la postura de pasar las cuentas del rosario, en cuya santa práctica se habia ejercitado muchas horas por todo el tiempo que vivió.

En el mismo año pasó á mejor vida el P. Francisco Javier Lazcano: nació en la ciudad de la Puebla de los Angeles á 24 de Octubre de 1702: fueron sus padres el capitán del comercio D. Antonio Lazcano, pariente muy próximo y de la misma casa de San Ignacio de Loyola y D^a María Rosa de Altamirano y Castilla, Rincon Gallardo, biznieta del conde de Santiago y sobrina del mayorazgo de la Ciénaga de Mata, relacionada en consecuencia con las familias más ilustres de México y Puebla: fué el primogénito de sus otros dos hermanos, el P. Ignacio que abrazó despues el mismo Instituto de la Compañía, y D^a Teresa, de la que nada particular se sabe. Desde niño puede decirse que fué Jesuita, pues acostumbrándose entonces vestir á muchos niños con traje religioso, por devocion á los santos Patriarcas, ó por algun beneficio que por su intercesion hubiesen alcanzado sus padres de Dios, desde que pudo andar se le puso la sotana de la Compañía, por el grande afecto que su familia profesaba á esa religion: traje que conservó hasta que lo dejó por el manto y la beca propios de los seminaristas, entrando al Colegio de San Gerónimo á estudiar gramática latina. Desde entonces llamó la atencion la conducta del jóven Lazcano, tanto en la aplicacion á los estudios, como

en la regularidad de sus costumbres, y sobre todo su humildad y espíritu de oracion y mortificacion: así prosiguió en el Colegio de S. Ildefonso, donde siguió el curso de artes bajo la direccion del espiritual P. Ignacio Cochet, á quien bebió tanto los alientos, que se le puso entre los colegiales el sobrenombre de *Cochetito*. Con tan excelentes disposiciones y graduado de bachiller en filosofia entró en el noviciado de Tepetzotlan el 23 de Abril de 1717, donde tuvo por maestros á dos venerables Jesuitas, primero al P. Domingo de Quiroga y despues al P. Pedro Zorrilla, su padrino de bautismo y muy célebre en la Provincia por su santidad y haber renunciado la canongía que poseía en la Catedral de Puebla para abrazar el estado religioso: concluido su noviciado pasó al Colegio Máximo á enseñar gramática y á estudiar al mismo tiempo teología, siendo de los primeros entre sus condiscípulos; y habiendo sustentado el acto mayor de Escritura, que era grande honor entre los Jesuitas, desempeñó además otros diversos magisterios, tanto en México como en Puebla, recorriendo casi todo el profesorado de las ciencias: hecha su profesion solemne de cuatro votos, fué nombrado rector del Colegio de S. Ignacio en su patria, y en él además de las cargas del gobierno se distinguió por su dedicacion al confesionario, púlpito, visitas de cárceles y hospitales y demás ministerios que usaba la Compañía. De ese rectorado, en que fué ejemplo de virtudes á todos sus súbditos, volvió á la Capital á sustituir al P. Clemente Sumpsin en la Cátedra del Eximio Suarez en la Universidad, que habia quedado vacante por su muerte, y tomando posesion de ella el 1^o de Agosto de 1736, se graduó de doctor el 21 de Diciembre del mismo año con aplauso general de todo el claustro. Tan luego como se vió en ese puesto, comprendiendo todo lo que debia al público y sobre todo á la instruccion de sus discípulos, se dedicó con mayor empeño al estudio de todos los ramos que comprende la ciencia teológica; de manera que todos sus cursantes salieron muy aprovechados, sobre todo en la Controversia, tan necesaria para combatir los errores de los herejes especialmente los modernos: pero su literatura se extendió á todas las demás ciencias eclesiásticas, en las que eran tan profundos sus conocimientos, que por el restante espacio de su vida fué el consultor universal de los arzobispos, cabildos, virreyes, corporaciones religiosas y seculares y de multitud de individuos en los más árduos y difíciles negocios. Sus servicios no se limitaron á la enseñanza: tuvo parte en todos los asuntos que por ese tiempo se versaron en la Universidad: á su influjo se debió la compostura que en 1749 se proyectó y llevó á cabo en el edificio, levantándole los altos donde se colocaron las cátedras, ampliando el famoso General, reparando la Capilla y adornando ambos locales con magníficos é ingeniosos cuadros y retratos muy escojidos de los doctores Marianos, S. Ildefonso, S. Ber-

nardo, S. Anselmo, Sto. Tomás, Escoto y P. Francisco Suarez: muchos de éstos fueron costeados por el P. Lazcano, con las propinas que le correspondian por su grado y empleo. En el Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo donde moraba, se ocupaba tambien en la enseñanza de los jóvenes Jesuitas, sirviendo las cátedras de Sagrada Escritura y teología moral, cargo que desempeñó por diez y ocho años. Este hombre que parecía de bronce, sobre todo para el trabajo del profesorado, predicaba multitud de sermones en diversos templos, ya panegíricos, ya morales y doctrinales, para los últimos de los cuales tenía particular gracia y facilidad para explicarse: ocupábase tambien en dar pláticas interiores á las religiosas, trabajo fuerte en esa época por el número de conventos y el empeño que se tenía en convidarlo: al confesonario de las mismas era tambien grande su dedicacion. En medio de todas estas ocupaciones le sobró tiempo para escribir diversos tratados de suma utilidad: catorce cuenta, entre impresos y manuscritos la Biblioteca de Beristain como se dirá en su lugar: entre los cuales, sin contar algunos de bella literatura, son muy notables los dirigidos al establecimiento de una asociacion semejante á la de la Santa Infancia, fundada en nuestros dias para rescatar á los niños de la Asia abandonados por sus padres, y otro dirigido á proporcionar auxilios para que sin detrimento de los derechos parroquiales, se facilitasen los matrimonios á los pobres: tuvo tambien el proyecto de formar un nuevo recojimiento para mujeres viudas, solas y desvalidas, sobre lo que escribió, proponiendo los medios, otro papel. Y nada era más propio del carácter del P. Lazcano, que ese deseo de auxiliar á los indigentes: increíble se hace las limosnas que daba al Colegio de Belen, ya en dinero, ya en semillas, chocolate y hasta jarros y vasijas para la enfermería: las mismas repartía á muchas familias vergonzantes á las que proveía de vestido y alimento; á los estudiantes, de libros; á novicias detenidas, de dote ó gastos; no habia, en fin, necesidad que llegara á su noticia, que no procurara remediar. En 1756 sustituyó al P. Juan Antonio de Oviedo en la prefectura de la Congregacion de la Purísima, sin dejar la cátedra de la Universidad, aunque tenia el tiempo necesario para jubilarse: á las tareas anexas á ambos empleos, se agregó la de la direccion de las religiosas y niñas de la Compañía de María, recién fundada en México y el confesonario del monasterio de Santa Brígida, por encargo particular del Sr. Arzobispo Rubio y Salinas: á todo lo cual se agregaba la atencion del cuidado de los fondos y rentas de la dicha Congregacion, el cumplimiento de las obras pías á que estaban afectos, del socorro al hospital de S. Hipólito y otros, y comidas á las cárceles, á cuyos actos acudia en union de todos los congregantes: sobre todas estas ocupaciones se agregó la del adorno de la capilla de la repetida Congregacion, reposicion

de su colateral principal, direccion de la rica Imágen que allí se veneraba y en el último año de su vida la direccion de la grande fiesta celebrada en ella con motivo de la concesion del título de *Mater Immaculata*, agregado á la letanía Lauretana por la Sede Apostólica á la piadosa solicitud del Sr. D. Carlos III junto con el patronato de este misterio en los reinos y dominios de la corona de España. Esta concesion fué hecha por el Señor Clemente XIII, de santa memoria, por su Breve de 8 de Noviembre de 1760. La conducta privada del P. Lazcano fué igualmente laboriosa para formarse en su interior un verdadero Jesuita: puede decirse haber sido uno de los primeros en virtudes de su siglo: todas ellas fueron como la caridad que usó con los pobres de que ya hicimos mencion, y tuvieron el mismo origen, el amor grande que tuvo á Dios: esta noble virtud, así como la devocion ardentísima que profesó á la Santísima Virgen se conoce en todos sus escritos: de ellos los principales fueron dirigidos á la gloria del Señor y salvacion de las almas, y á extender el culto y afecto á su Santísima Madre: es uno de los doctores Marianos que ha tenido la Provincia, tomando por objeto de sus trabajos, especialmente las glorias de su Inmaculada Concepcion: fué humildísimo, muy obediente, de una castidad angélica y de una eficacia singular en la observacion de todas las reglas de su Instituto y estado sacerdotal: la pureza de su conciencia fué admirable, y su penitencia asombró despues de muerto, en cuyo cadáver se encontró un asperísimo cilicio que traia al cuello y parte de la espalda, habiendo tolerado por muchos años el molestísimo tormento de la introduccion de las uñas en los dedos de los piés, tormento que puede comprenderse en un sujeto que casi diariamente iba del Colegio Máximo á la Universidad, sin contar sus idas al Colegio de Belen y á los conventos de las religiosas y casas de los enfermos: en fin, el P. Lazcano fué tan sábio como santo, y objeto de edificacion pública y de toda su comunidad. Su muerte llamó tambien mucho la atencion: era su dicho comun y aún usaba de él en sus pláticas, que no debia mirarse con horror la muerte repentina, por las razones de que Dios sabe lo que nos conviene; teniendo de bueno y apreciable este género de muerte, que no sabe el demonio la hora de ella, y así no tiene oportunidad de hacerla mala con sus sugestiones. Tales eran sus deseos y aún parece que tuvo algun presentimiento de que así habia de morir, segun varias ocurrencias que le pasaron los últimos dias que vivió, y que se hicieron despues públicas: el 13 de Mayo en la mañana, mientras dictaba la respuesta á una importante consulta que se le habia dirigido, tuvo un ataque de apoplejía, que habiéndole pasado, salió en la tarde al convento de la Concepcion á confesar á una religiosa: de vuelta entró en la Casa Profesa á visitar á Nuestra Sra. de Loreto y en seguida pasó á una casa de enfrente,

donde en el oratorio oyó dos confesiones de dos señoras enfermas; y al salir ya de despedida, al estar hablando en el corredor con el dueño de la casa, el regidor D. José Angel Cuevas y Aguirre, le repitió el acceso apoplético de una manera tan fulminante, que apenas hubo tiempo para que recibiese la Extrema-uncion y absolucion sacramental de dos religiosos que acudieron en aquel acto, entregando el alma al Criador á los cincuenta y nueve años poco más de edad, cuarenta y cinco de Compañía, 23 de profeso y 25 de catedrático del Doctor Eximio en la Universidad. Su entierro se hizo con la mayor solemnidad en el Colegio de San Pedro y San Pablo por el claustro pleno de Doctores de la Universidad y una increíble asistencia del pueblo y de los pobres que lloraban su pérdida; y no contento ese ilustre cuerpo con aquella muestra de su afecto, en los dias 19 y 20 de Julio del mismo año de 1762 le hizo unas honras fúnebres en su capilla, con pira, oraciones fúnebres, latina y castellana y demás solemnidades, que solo acostumbraba hacer á los Doctores que habian sido obispos.

En 1762 se anunció en México, Guanajuato, Guadalajara y otras poblaciones grandes, despues de una peste de viruelas, que se calculó haber arrebatado como diez mil entre niños y jóvenes solo en la Capital, otra no menos funesta á las personas de mayor edad. En todos esos lugares los Jesuitas dieron grandes ejemplos de su caridad tanto en los auxilios espirituales, como en los corporales que prestaron á los apestados. Para no repetir una misma cosa, nos limitaremos á lo que ha escrito el ya citado P. Andrés Cabo respecto de México, donde fueron mayores los estragos y la duracion, pues no terminó la epidemia hasta el siguiente año de 1763. Oigamos al historiador.

“Aun no bien las familias de los mexicanos habian enjugado las lágrimas por sus difuntos hijos, cuando comenzó á picar entre la gente pobre una terrible peste que se asemejaba á las que se habian experimentado ciento ochenta y siete, y veintiseis años antes, pues terminaba con la crisis de flujo de sangre por las narices. Esta enfermedad en poco tiempo contagió á la ciudad, y tanto que no cabiendo los enfermos en los hospitales, fué preciso que las personas piadosas concurrieran para formar otros. Entre los demás se señaló el P. Agustin Márquez, ministro de la Casa Profesa de los Jesuitas, varon apostólico, que en pocos dias levantó uno tan grande, que abarcó á cuantos enfermos acudieron, y á cuantos los Jesuitas empleados en la asistencia de los apestados hallaron que no tenían proporcion para curarse. Esto se debía á los ricos mexicanos, que pusieron en manos de aquel hombre ejemplar cuantiosas limosnas, exhortándole á que no perdonara gastos, con tal que los enfermos estuvieran bien asistidos. El Arzobispo de México D. Manuel Rubio

de Salinas, mostró en esta calamidad entrañas de padre comun, no solo con los socorros que abundantemente hacía dar á los pobres, sino tambien á los Jesuitas que lo iban á ver por motivo de alguna confesion, á quienes despues de alabar su celo, los proveia de dinero para que socorrieran á los enfermos. Entre tanto que cundía la peste, el fervor de los Jesuitas crecia, y la calle de la Profesa al amanecer estaba ocupada del pueblo, esperando que abrieran las puertas para llevarlos á las confesiones. En este ministerio gastaban lo más del dia, teniendo apenas tiempo de comer y reposar. Esta fué la causa porque fueron víctimas de su caridad los PP. Lorenzo Sanabria y Juan de Alva, á más de otros cuyas vidas estuvieron en peligro. Parecia el cielo de bronce, y las plegarias que se hacian no tenían efecto. Ultimamente, se determinó hacer un solemne novenario á Dios por intercesion de su Madre; para esto se llevó de S. Gregorio á la Casa Profesa la milagrosa estatua de la Virgen de Loreto, haciendo las funciones las Ordenes religiosas. El último dia que tocó á los Jesuitas, predicó el mejor orador de la Nueva España, el P. José Julian Parreño. . . . el cual como que era uno de los que asistian á los apestados, sin prevencion subió al púlpito, y apenas hizo una pequeña exhortacion para recurrir con confianza á Jesus por medio de su Madre, por cuya intercesion comenzó efectivamente á disminuirse la peste y casi acabó en aquel año; pero siguió en la Tierra-adentro en donde fué mayor el número de muertos; acaso careciendo de los socorros que ofrece la capital, la miseria abreviaba sus dias.” [1]

[1] Obra citada, al año de 1763.